
John Lukacs: “Historia Mínima del Siglo XX”¹

Turner Publicaciones, Madrid, 2014 (267 páginas)

José M. Domínguez Martínez

“No existe, hasta donde se me alcanza, ninguna historia seria del siglo XX”. Así, de esta manera un tanto provocativa arranca el libro del que pretendemos dar cuenta en esta reseña. Sin solución de continuidad, quizás para frenar cualquier posible inclinación a tildarlo de prepotente, el autor se apresura a remarcar que “solventarlo no es el propósito exacto de esta obra”. La incorporación del calificativo de “mínima” puede interpretarse como una confirmación de esa aparente modestia de planteamiento. No necesariamente ha de ser así. Cuando, ante un panorama tan dilatado, complejo y convulso como el vivido a lo largo del pasado siglo, alguien se siente capacitado para presentar una oferta histórica mínima, cabe pensar que ha tenido que partir de unas habilidades máximas respecto a la aprehensión de dicho período. Una trayectoria de cinco lustros de impartición de clases de Historia en el Chestnut College de Filadelfia es uno de los avales que presenta el autor, John Lukacs, nacido en 1924 en Hungría.

Ya en la primera página nos advierte de que debemos renunciar a pretender encontrar una historia “objetiva” y “científica”. En cambio, anima a emprender la búsqueda de la verdad, aunque no podamos poseerla enteramente. Nos sorprende luego con una acotación del siglo XX que rechaza el corsé del calendario: su duración efectiva fue de 75 años, el período comprendido entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914) y la caída del Muro de Berlín (1989). Según Lukacs, el siglo XX fue un siglo estadounidense, ya que sostiene la tesis de que sin la intervención de Estados Unidos los respectivos vencedores no habrían podido ganar la Primera ni la Segunda Guerras Mundiales.

Uno de los principales argumentos de la obra es que el nacionalismo ha sido (y lo sigue siendo) el sentimiento político más popular y populista del siglo XX, en casi todas partes. Subraya que las guerras posteriores a 1945 se han producido con mayor frecuencia entre naciones o tribus que entre estados. La existencia de las naciones precedió a la formación de los estados, pero las primeras sobrevivirán a los segundos, ocasionando todo tipo de problemas. Frente a otras conocidas interpretaciones, Lukacs considera que la Era Europea ha terminado y, con ella, uno de sus logros preciosos y frágiles: la

democracia liberal. Llega a vincular este proceso en cierto modo con el repliegue de las monarquías parlamentarias.

El autor realiza una exposición muy sucinta de la Primera Guerra Mundial, que pide al lector no la considere superficial. Resalta el “hecho asombroso” de que tantos estadistas inteligentes, tantos militares y políticos expertos, pensaran y dijieran en agosto de 1914 que el inminente conflicto bélico iba a ser una gran “tormenta”, pero breve. Igualmente se extraña de la escasa atención dedicada a la influencia de la prensa, que prestó un apoyo entusiasta a la confrontación en casi todos los países. Atribuye ese respaldo al completo fracaso de la creencia marxista en el socialismo internacional: “La oposición a la guerra por pacifistas y socialistas internacionales se derritió como la mantequilla en el caldero del sentimiento nacional”.



Los sucesos de 1917, que representaron un punto de inflexión en la historia del siglo XX, centran ácidos comentarios del historiador. En uno de sus múltiples dardos desmitificadores, llega a afirmar que “en más de un sentido, los acontecimientos de octubre tuvieron poco de revolución real: Lenin y sus seguidores se limitaron a tomar unos cuantos edificios gubernamentales abandonados”. Y viene a añadir algunas connotaciones con la evolución reciente de la extinta Unión Soviética: “Y el imperio ruso, con el nuevo nombre de Unión Soviética, fue

¹ Versión original: “Short History of the Twentieth Century”, Harvard University Press, 2013.

gobernado por los dirigentes del partido comunista... A partir de 1989, Rusia no se transformó en una democracia liberal, sino que permaneció ... como la Rusia que siempre ha sido". De hecho, según Lukacs, bajo el gobierno de Stalin, este país pasó del internacionalismo a un nacionalismo comunista.

Tampoco se libra de las críticas el presidente estadounidense Woodrow Wilson. Al margen de lamentar su elección frente a Theodore Roosevelt, considera que *"muchos de los errores de la paz de 1918, y de después, se debieron a Wilson"*. De su aportación destaca la ideología que legó al pueblo estadounidense, de universalismo global: *"lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para el mundo"*, cuyos beneficios ocasionales, según Lukacs, no compensan sus muchos y prolongados defectos.

Dedica luego algunas páginas a evocar la configuración del mapa europeo tras la Primera Guerra Mundial. Algunas frases sintetizan el proceso: *"La construcción de la paz en 1919 fue una triste sucesión de acontecimientos... Nunca en la historia los vencidos han celebrado los tratados de paz, pero el grado en que en 1919 y 1920 se humilló a las víctimas, inermes entonces, fue insólito"*. El traslado de grandes contingentes de población a otros estados aparece como uno de los factores más dañinos para los acontecimientos posteriores. El autor pone el dedo en la llaga cuando enfatiza una cuestión crucial, de efectos perdurables y acumulativos a lo largo de décadas, a partir de la experiencia de los bolcheviques, que *"no tardaron en comprender que las lealtades, tradiciones, opiniones y sentimientos nacionales eran más poderosos que las ideologías, sobre todo que las ideologías partidarias del internacionalismo"*. Lukacs considera un aspecto clave el hecho de que Marx pasase por alto la existencia de las naciones: *"ignoró que estas y los estados no eran lo mismo, y que quizá los sentimientos nacionales, sobre todo en la era de la política de masas, resultaban a menudo más poderosos que los intereses de estado... La conciencia de identidad nacional tenía una importancia mucho mayor que la conciencia de clase. Y esto se cumplía, más o menos, prácticamente en todas las naciones y en todas las clases"*.

"Paz exhausta" es la expresión acuñada para reflejar la situación que se instaura en una Europa invadida por una ola de pesimismo e inseguridad tras la Primera Guerra Mundial, lo que se hacía palpable en la pérdida del valor del dinero y en el desencadenamiento de espirales inflacionistas de efectos devastadores.

Uno de los capítulos, el cuarto, va dedicado al desarrollo de la revolución comunista de 1917 en Rusia. Lukacs menciona de pasada la conocida paradoja del éxito de la revolución comunista en un país que Marx había excluido categóricamente de sus previsiones, pero incide en un aspecto menos

conocido, el miedo que los líderes comunistas tenían a sus adversarios nacionalistas. De hecho, uno de los ejes de la política de Stalin fue la promoción del nacionalismo ruso, en detrimento del internacionalismo comunista. Aunque en pocas líneas, la constatación de la bienvenida a Hitler y la firma de un pacto antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial siguen actuando como una especie de aguijón clavado en las almas de tantas personas honestas que dieron su vida por el ideal comunista.

Por otro lado, para Lukacs, el Holocausto no fue una especie de nota a pie de página de la Segunda Guerra Mundial, sino que aparece en el centro mismo del conflicto. Una revisión de las causas que llevaron a tan atroz fenómeno permite al lector reflexionar acerca de cómo pueden llegar a degenerar determinados procesos a los que inicialmente no se atribuye una excesiva importancia. El papel del odio y del miedo es igualmente analizado en un intento de explicación de los extremismos de uno y otro signo.

El capítulo quinto está dedicado a exponer cómo, a partir de los años veinte, comienza a extenderse la influencia mundial de Estados Unidos en los más diversos órdenes. En el siguiente se efectúa, a grandes rasgos, un repaso de la evolución en el resto del planeta.

Se retoma luego el hilo de la Primera Guerra Mundial, para recordar que su finalización era, para muchas personas, el símbolo del triunfo del liberalismo y la democracia. No fue así. Como razones resalta el declive de la influencia de Gran Bretaña y Francia y, sobre todo, el crecimiento de la impopularidad de los valores burgueses, asociado a un debilitamiento de las clases medias. No tardó mucho en surgir una aversión hacia el sistema liberal, acompañada de una *"antipatía que atribuía a las clases gobernantes los casos frecuentes de ineficiencia y corrupción"*. Pero el resultado fue el surgimiento de regímenes dictatoriales por la vía de los golpes de estado. El ascenso del fascismo, guiado por el ideal del estado corporativo mussoliniano, tuvo un papel decisivo. La necesidad de fortalecer el estado sobre todas las cosas, ambición del gobernante italiano, puede ser una referencia a considerar en una fase como la actual en la que se debate el equilibrio entre los sectores público y privado.

La gran depresión de los años treinta, identificada en buena medida con la crisis del capitalismo, reclama, como no podía ser de otra manera, una considerable atención. Esa crisis, según el autor de la obra, *"vista hoy, fue menos destructiva y decisiva de lo que pareció durante mucho tiempo"*, pero vino a certificar el fin del capitalismo "clásico" del siglo XIX. Sigue abierta la disputa entre los economistas acerca de si el abandono del patrón oro fue uno de los factores responsables. Lukacs sostiene la tesis de que quienes atribuyeron a la depresión la llegada de Hitler al poder se equivocaron. Como contrapunto, señala

que el sistema político estadounidense sobrevivió a la depresión sin excesivo daño, e incluso sin excesivo cambio. Tampoco otros países sucumbieron a la posible tentación de quebrar las instituciones democráticas.

Para Lukacs, el nacionalsocialismo (o socialismo nacionalista) es el gran fenómeno del siglo XX, y no solo de él. En su opinión, a diferencia del comunismo, el nacionalismo no es un ismo del pasado. Asombra luego al lector cuando niega que los nacionalsocialistas y el nacionalsocialismo fueron y son reaccionarios: *“No tenían (ni tienen) nada que ver con el conservadurismo. De hecho, sus mayores y más decididos oponentes fueron hombres de la derecha, más que de la izquierda”*. De otro lado, evoca la experiencia histórica del ascenso del partido nacionalsocialista alemán, que demuestra que no es preciso disponer de un programa económico real para ganar unas elecciones generales: *“Se trataba de un partido nacionalista y populista, xenófobo y antisemita. Y su popularidad no estaba separada de la obra de su extraordinario orador y líder, Adolf Hitler”*.

El solo, según Lukacs, provocó la Segunda Guerra Mundial, que, a diferencia de la primera casi en su totalidad, se extendió por el mundo, sembrando la muerte y el sufrimiento. Mediante unas hábiles pinceladas traza los rasgos de un modesto soldado de casi treinta años que hasta entonces no había abierto la boca y sobre cuyos pensamientos había mantenido un mutismo casi absoluto. En un momento dado manifestó su decisión tan crucial, la de decidir ser político: *“parece ser que por una vez no mintió”*. A partir de entonces puso en marcha su mezcla imparable de odio y retórica demagógica, que llegó a suavizar cuando se evidenciaba su ascenso y su atractivo para las clases medias, y para las alianzas de otros grupos. El camino del triunfo en las urnas quedó a su alcance, basado en la completa prioridad del nacionalismo sobre el socialismo.

Finaliza el capítulo dedicado al ascenso del nazismo con lo que él considera una peculiaridad, referente al contraste entre la prohibición de los símbolos y banderas de los partidos nacionalsocialistas de antes de 1945 y la permisividad de los relacionados con los movimientos comunistas. *“¿Es esta, quizá, otra señal de que el comunismo es un ismo del pasado, mientras que el nacionalsocialismo no?”*, se pregunta de una manera un tanto inquietante.

El lector tendrá luego que hacer acopio de entereza para transitar por la rememoración del luctuoso período en el que Hitler llegó a dominar Europa, no en poca medida gracias, entre otros muchos elementos, a la tendencia que llegó a *“aquejar a gobiernos –y pueblos– enteros de toda Europa, incluso de todo el mundo”* a llegar a acuerdos con la Alemania de Hitler. También, cómo no, a la hora de

evocar el inicio de la guerra civil española. Luego vendría el comienzo de las anexiones germanas, llegando a su punto álgido con la invasión de Polonia. En el libro se describe cómo Stalin no quiso, en 1939, comprometerse en una alianza con Gran Bretaña y Francia. El pacto de agosto de ese año con Hitler provocó un terremoto político generalizado. El 3 de septiembre los gobiernos británico y francés declararon la guerra a Alemania. Así, nos recuerda Lukacs, empezó la segunda guerra europea, que no tardaría en convertirse en una guerra mundial, *“pero los orígenes de esta se encontraban por todo el mundo, mucho antes de su comienzo”*.

La de 1930 fue, según el autor, la década de Hitler, pero también la de Franklin Roosevelt. El capítulo noveno concluye con una manifestación contundente y reveladora de que la historia no está escrita de antemano: *“de haber sido alguien como Hoover y no Roosevelt el presidente de Estados Unidos en 1940, la guerra la habría ganado Hitler”*.

El capítulo siguiente arranca con el recuerdo de algunos curiosos episodios acaecidos en los albores del magno conflicto bélico, que ilustran lo que el historiador califica como muestras de la *“impredecibilidad de la historia”*: casi tres meses después de que se formalizara la declaración de guerra, la única lucha que se llevaba a cabo en Europa era la que se libraba entre Rusia y Finlandia. Los acontecimientos se van precipitando, mientras en Gran Bretaña tiene lugar el debate acerca del posible acercamiento a Alemania. El triunfo de la posición de Churchill frente a la de Halifax marcaría un hito decisivo para la historia, no solo británica sino también del conjunto de Europa. En el libro se señalan aspectos aún no aclarados de algunas decisiones del ejército alemán y las claves de la estrategia hitleriana ante Rusia, guiada más por motivos militares que ideológicos. Afirma Lukacs que *“los pasos que dio Stalin para causarle una buena impresión a Hitler resultan sorprendentes vistos hoy; a veces tenían más de patéticos que de astutos”*, y relata cómo, tras la invasión alemana, llegó a creer que la delegación del Politburó, que en realidad pretendía encomendarle el liderazgo de la Unión Soviética, iba a proceder a su arresto.

El autor ofrece asimismo una interpretación del cambio de la estrategia hitleriana respecto a los judíos, desde una política abominable de expulsión a otra, indescriptible en cuanto a su horror y aberración, como fue la del exterminio. También se hace mención de la situación de Estados Unidos, cuyo presidente Roosevelt *“intentó todo –bueno, casi todo– para provocar un ataque serio de los alemanes contra los barcos de guerra estadounidenses en el Atlántico, un ataque que pudiera servir de razón plausible (o de pretexto) para una declaración de guerra de Estados Unidos contra Alemania. Pero eso no se produjo”*. La Segunda Guerra Mundial comenzaría, en un sentido casi estricto, el 7 de

diciembre de 1941 con el ataque japonés a Pearl Harbor, lo que llenó de júbilo a Churchill, que vio en la involucración de Estados Unidos la base del éxito militar. Concluye el capítulo décimo con una interesante valoración del papel jugado por los diferentes líderes nacionales.

En el undécimo se da cuenta de los distintos avatares que llevaron a la victoria final de los aliados en 1945, después de una cruenta pugna de tres años y medio, y de que, con posterioridad a Pearl Harbor, las potencias occidentales llegaron a sufrir “*derrota tras derrota*”. Aún en 1943, recuerda Lukacs, a Roosevelt, y especialmente a Churchill, les preocupaba la posibilidad de que Stalin llegase a un acuerdo con Hitler, pero “*el peligro se desvaneció, sobre todo porque Stalin vio que Hitler podía ser derrotado, y que la Unión Soviética obtendría más al final de las potenciales occidentales que de él*”. En el libro se narran los principales eventos que marcaron el desenlace final, entre los que, naturalmente, no podía faltar el desembarco de Normandía. Tampoco se obvian algunos episodios que el autor califica de lamentables, e incluso de barbarie, imputables a alguno de los ejércitos victoriosos. En su continuo afán de desmitificación, el autor describe cómo el ejército estadounidense se detuvo al oeste de Berlín para permitir a los rusos conquistar la capital de Alemania, poniendo fin, poco después, a la contienda en el continente europeo. Igualmente de manera escueta pero incisiva en el texto se describe el doloroso proceso de rendición de Japón.

La Segunda Guerra Mundial finalizó pero transformó radicalmente la faz de la geografía política de Europa, abriendo una enorme brecha en el seno del viejo continente. También en esta ocasión, con sus prodigiosas dotes de comunicación, Churchill vislumbró la caída del “telón de acero”, que condicionó el rumbo europeo durante más de cuarenta años. La guerra había concluido en el campo de batalla, pero se expandió de forma irrefrenable en una confrontación que, aunque denominada “fría”, no lo fue tanto. Tras la victoria de los comunistas en la guerra civil china en 1950, el comunismo –o, más exactamente, el socialismo real– se erigió como el mayor poder del planeta.

Lukacs considera que, durante el período de la guerra fría, “*las relaciones entre estados empeoraron en la práctica hasta unos niveles desconocidos y sin precedentes en la Edad Moderna*”, como consecuencia de las directrices emanadas del coloso soviético respecto a los estados bajo su influencia: “*Stalin fue justo lo opuesto a Karl Marx, que se había mostrado desdeñoso con los estados, hasta el punto de proclamar que tarde o temprano desaparecerían por completo*”. Por otro lado, la guerra de Corea dio paso a la primera intervención militar estadounidense en el continente asiático.

Asimismo, en el libro se recoge lo que se antoja una de las grandes paradojas de la posguerra, el rechazo a la propuesta de Stalin, en el año 1952, relativa a la unificación de las dos Alemanias. En el año 1961 se levantó el Muro de Berlín. Las décadas de los años cincuenta y sesenta estuvieron plagadas de crisis en diversos países que no llegaron a desembocar en una confrontación material entre las dos superpotencias, lo que ciertamente no estuvo demasiado lejos con ocasión de la crisis de los misiles en Cuba en 1962.

Uno de los capítulos, el decimocuarto, va dedicado al nacionalismo estadounidense. En él se analiza cómo Estados Unidos alcanzó la primacía mundial en la década de 1920 y se consolidó en las décadas posteriores. Lukacs resalta lo que considera un comportamiento generoso de dicho país tras la Segunda Guerra Mundial, tanto con sus enemigos recientes como con los países europeos que habían sido sus aliados. Esa estrategia discurre en paralelo con una agudización de las diferencias con la Unión Soviética, con significativas implicaciones internas y externas, de las que se da cuenta con una eficaz economía del lenguaje.

La construcción de la Unión Europea encuentra encaje en el siguiente capítulo, decimoquinto. En él se hace hincapié en las deficiencias detectadas desde los primeros pasos, caracterizados por un énfasis en los asuntos económicos y financieros sobre los estatales y políticos: “*Existía la creencia de que la economía debía ir antes que el gobierno, pero esto es y no es así. Pasaron cuarenta o cincuenta años a partir de 1948, y no había gobierno europeo, ni poder ejecutivo europeo, ni ejército europeo*”. Asimismo se hace un repaso de los eventos que sentaron las bases de la descomposición de la hegemonía soviética y pusieron término a la guerra fría. Como recapitulación, sin embargo, el autor nos lanza algunas advertencias: “*La guerra fría se acabó. El siglo de las grandes guerras europeas se acabó. La división de Europa se acabó. Pero también se acabó la Edad Europea, la primacía de Europa sobre el resto del mundo*”.

Ya en el penúltimo capítulo, se efectúa un análisis de los acontecimientos históricos en el resto de continentes. La crisis del petróleo de 1973 sirve al autor para reincidir en su tesis de que los asuntos económicos y financieros son mucho menos decisivos de lo que se suele pensar. En su opinión, tuvieron más relevancia las revoluciones políticas, con sus líderes y lemas populistas y nacionalistas. Después de un recorrido ilustrativo por diferentes latitudes, llega a afirmar que “*el populismo y el nacionalismo son los peores (y, por desgracia, los más poderosos) componentes de la democracia*”.

La consideración de los límites del conocimiento humano sirve como colofón de la obra reseñada. En él evoca el principio de incertidumbre arraigado en la física nuclear: “el que conoce no se puede separar de

lo que conoce”. Para Lukacs, las limitaciones de nuestro conocimiento humano no nos restringen, sino que nos enriquecen.

No son escasas las enseñanzas que, para un lector no especialista, se desprenden de la obra aquí reseñada, ni tampoco las reflexiones que se suscitan para cualquier mente abierta. John Lukacs no se camufla para expresar posiciones tal vez no excesivamente “correctas” con arreglo a determinados influyentes cánones políticos. Probablemente, por ejemplo, su aseveración de que los términos “conservador” y “liberal” (en la acepción norteamericana) son denominaciones ideológicas del siglo XIX, y de que su uso es cada vez más impreciso, cuando no carente de sentido, no despierte demasiadas adhesiones inquebrantables. Pero, a nuestro juicio, sería una pena renunciar a compartir una serie de hechos e interpretaciones, aunque sea solo como meras referencias, por una posible exclusión frontal inicial. Ni siquiera su declaración de creencia en el “diseño de Dios”, ciertamente llamativa y prescindible, en relación con el avance de la democracia, debería servir como excusa en tal sentido, y ello al margen de poder anhelar que tal diseño estuviese realmente garantizado.

Por otra parte, su intento de cuestionar la interpretación materialista de la historia cuando afirma que las condiciones materiales y los deseos económicos suelen ser la consecuencia de lo que la gente cree y piensa, influenciada por los líderes nacionales, puede ser para algunos una herejía mayúscula. Afortunada o desafortunadamente, no faltan episodios históricos recientes para contrastar las tesis enfrentadas.

Entre las enseñanzas que pueden extraerse de la obra de John Lukacs, para poner punto final a estas líneas seleccionamos la de que la historia no consiste en una infinidad de posibilidades, pero la realidad que hay detrás, durante o antes de cada acontecimiento humano, está teñida de una potencialidad diferente. Puede que el texto reseñado sea una historia mínima del siglo XX, pero en modo alguno se trata, en nuestra opinión, de una historia menor.

